

ENFERMEDAD Y MUERTE

Lic. Paulina Spinoso

Lo que me interesa en este trabajo es tomar la enfermedad y la muerte como fenómenos culturales.

Parto de la idea de que no se trata de simples hechos biológicos, sino sobre todo de hechos simbólicos, atravesados por la cultura y la historia. Supongo que no es lo mismo enfermarse y morir para un bora-bora que para un newyorkino, par uno del siglo XXI que para uno del siglo XVIII. Y esto vale también para el ser médico. Creo que el encuentro entre un médico y un paciente no es en principio entre dos personas sino entre dos lugares prefigurados, donde es más lo pre-supuesto que lo puesto allí.

Y me parece útil para nosotros y para ustedes que podamos por un momento correr nos de ese lugar y, en lo posible, observarlo críticamente.

Buscaré aquí en tres ámbitos: el del mito, el de la filosofía y el de las prácticas sociales.

Empiezo por el mito. Hesíodo, en una extraña por lo heteróclita lista de los nefastos hijos de la Noche, incluye la aborrecible muerte, la maldecida vejez y la dolorosa aflicción. Junto a cosas tan disímiles como el sueño, los ensueños, el olvido, el hambre, los variados crímenes, la guerra.

La posterior distinción entre males físicos y males morales no existe acá.

En otro lugar, hablando de los numerosos males que padecen los mortales a causa de la curiosidad de Pandora que abrió la famosa caja, se refiere a las enfermedades y dice algo interesante: “Unas de día y otras de noche, las enfermedades, a su capricho, se dedican a visitar a los mortales, dándoles sufrimiento y dañándoles, y en silencio, porque el sabio Zeus les negó la palabra”.

Hago aquí un paréntesis y señalo esta poderosa intuición: la relación entre enfermedad y silencio. ¿Entonces podríamos pensar que poner palabras es el principio de la cura?

Sigo con Hesíodo. En cuanto a la muerte, las Parcas son tres: una hila en su huso el hilo de la vida, otra lo mide con su vara y la tercera, la más pequeña pero la más temible...lo corta con sus tijeras.

Dice Hesíodo que el trabajo de las Parcas está sometido a la Necesidad –Ananké- pero hay un elemento de azar y capricho: no sabemos cómo ni cuándo va a ser. Esto significa que la muerte es necesaria, podríamos decir ontológica, perteneciente a la estructura del ser. Sólo el momento es contingente.

Enfermedad y muerte son entonces aquí males, pero males con los que el hombre se encuentra. Si hay responsables son los dioses y aun, más allá de los dioses la Necesidad y el Destino.

En cambio si pasamos a esa otra fuente cultural que es el mundo judeocristiano, qué dice el mito adámico?

Aunque el relato bíblico no lo expresa claramente, una larga tradición interpretativa excluye la enfermedad y la muerte del Paraíso y las coloca como consecuencia del pecado, librando a Dios de toda responsabilidad. Las excluye asimismo de la naturaleza humana, pero las incluye en la condición humana desde la caída de Adán (el Hombre).

Y a partir de ahí la decidida frase de San Agustín: Todo mal –y aquí incluye los males físicos, como un terremoto o una enfermedad- todo mal, dice, es un pecado o un castigo.

Convertir la enfermedad y la muerte en asunto moral, aunque sombría y pesada, es una forma de metaforizarlas y de intentar en algún dominio sobre ellas.

Si la enfermedad es un castigo, bastaría portarse bien para no enfermar (Si el cólera es un enemigo que nos quiere invadir, bastaría cerrar las fronteras...).

Hay quien propone “desmetaforizar” las enfermedades para librar al paciente de estas cargas (Susan Sontag, por ejemplo).

No parece posible al ser humano no metaforizar y para algunos pacientes de eso se trata, de dar algún sentido al sinsentido de su enfermedad.

Sin embargo, conviene poner en cuestión las metáforas socialmente cristalizadas.

Para citar sólo otro ejemplo: se habla del “flagelo” del SIDA. ¿Es el sufrimiento moneda de pago? ¿Es la muerte el Ángel Exterminador?

Paso al segundo ámbito de búsqueda:

Si hacemos un rápido recorrido por la filosofía vemos que durante siglos predominó lo que se dio en llamar la “falacia platónica”, la atribución de eternidad y estabilidad al ser. Un pensamiento **fuerte** atribuía caracteres fuertes al ser y la verdad. A los mencionados de eternidad y estabilidad hay que agregar unidad, totalidad, presencia desplegada, evidencia, finalidad.

En ese contexto, la enfermedad y la muerte, como el error y la locura, suelen quedar en los márgenes de la filosofía, cuando no se caen de ahí y retornan al mito.

Hoy, al cabo de los años, el predominio del pensamiento **débil** ha ido reemplazando la unidad por la pluralidad, la eternidad por el tiempo, la estabilidad por el cambio, la verdad por las narraciones.

En este contexto el sujeto también se piensa distinto. El sujeto será definido mortal y múltiple. “No quiero un alma inmortal, quiero muchas almas mortales”, dirá Nietzsche. Y Heidegger nos habla de la muerte como un cofre, “un cofre que guarda muchos tesoros”. Vattimo resume: “No sólo el gusto de las cosas de la vida está estrechamente ligado a la precariedad y provisionalidad, a su nacer y perecer.

También la riqueza de la historia humana, en su transformarse y enriquecerse (de significaciones, de matices) a través de la sucesión de las generaciones y la multiplicidad de las interpretaciones, depende estrechamente del morir”. En el cofre de la muerte están la historia, la tradición, hasta el lenguaje.

Una pregunta se nos impone. En estos tiempos en que la filosofía descubre en nuestro propio ser para la muerte la fuente del valor de la vida, ¿por qué las prácticas sociales insisten en escamotearla?

A nadie escapa la declinación de ciertas prácticas ligadas a la muerte.

El velorio ha pasado de lo público a lo privado y de ahí casi a desaparecer. Algo similar ocurre con el duelo, con las consecuencias que los psicoanalistas constatamos cuando éste no se tramita.

Hay quienes denuncian el “encarnizamiento terapéutico”, la muerte prohibida o la muerte silenciada. También se denuncia la “medicalización de la muerte”.

Un poeta mexicano dice: “la muerte toma siempre la forma de la alcoba que nos contiene”. Esa alcoba es hoy en muchos casos la sala de terapia intensiva. En esas muertes ya no hay sujeto -está silenciado por la droga o el respirador-.

Ya no hay “últimas palabras”, ni pecho fraterno que las recoja.

Claro que esto no siempre es así, pero no sin lucha.

Vivimos la paradoja de que la “aborrecible muerte”, se convierte en la “ansiada muerte”, para muchos enfermos terminales. La muerte personal, subjetivamente vivida, parece tan amenazada que ha habido que declararla “un derecho”.

Es difícil explicar estos fenómenos complejos. Pero esta época del pensamiento débil es también la época de la muerte de Dios #, anunciada por Nietzsche, y de la pérdida de las seguridades que nos aportaba.

No hay sostén para el moribundo ni para el acompañante. Y no parece haber nacido el Superhombre que pueda vivir a la intemperie. Ese con que contaba Nietzsche.

Pero hay hombres que pueden decir, como Pablo Giussani, el escritor y editorialista político argentino, el 29 de setiembre de 1991 en su “Diario par mi muerte”: “Estoy descubriendo ahora que las vísperas de la muerte, en quien las sabe tales, son el momento de mayor luminosidad que alcanzamos en nuestra conciencia de la condición humana”.

Mucho se ha dicho para elucidar esta enigmática frase. Es interesante la interpretación de Heidegger. Dice: “La frase *Dios ha muerto* significa: el mundo suprasensible (sobrenatural) carece de fuerza operante. No dispensa vida...la filosofía occidental entendida como platonismo, se acabó”.